

EXAMEN DE LIBROS

JAVIER ORTIZ DE LA TABLA: *Comercio exterior de Veracruz —1778-1821— Crisis de dependencia*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1978, xxvii + 456 pp.

La historia económica ha sido recientemente uno de los campos de estudio más dinámicos sobre la Nueva España del siglo xviii. Iniciada por investigadores mexicanos y extranjeros tan distinguidos como Luis Chávez Orozco, Enrique Florescano, David Brading y Brian Hamnett, el estudio de la historia económica ha aumentado nuestro conocimiento del desarrollo del virreinato en el mercado mundial del siglo xviii y del impacto que este desarrollo tuvo sobre la sociedad colonial. Las ideas anticuadas de que Nueva España yacía escondida en una parte aislada del mundo, inafectada por la economía del Atlántico, ha sido reconocida muchas veces como un mito. A una creciente lista de obras sobresalientes sobre este tema ha sido añadido el nuevo libro de Javier Ortiz de la Tabla, versión publicada de la tesis doctoral del autor en la Universidad de Sevilla.

Como Veracruz era el puerto por el cual Nueva España participaba en el comercio del Golfo de México y del Océano Atlántico, el profesor Ortiz se sirvió de esta ciudad para examinar el estado económico del virreinato desde finales del siglo xviii hasta que México conquistó su independencia en 1821. El profesor Ortiz llegó a un gran número de conclusiones significativas con base en metodología estadística. Los vínculos comerciales que unían a Nueva España y a España comenzaron a desintegrarse durante la década de 1790, especialmente después de que la corona otorgó el permiso para el comercio neutral en 1797. Una vez deshechos, estos lazos comerciales nunca fueron restablecidos, ni siquiera durante el período de relativa calma política a ambos lados del Atlántico después de 1815. Por el contrario, competidores extranjeros, particularmente de Estados Unidos y Gran Bretaña, reemplazaron a los viejos comerciantes españoles. Aunque tales conclusiones no son necesariamente nuevas, nunca habían sido apoyadas tan convincentemente con evidencia histórica.

El profesor Ortiz investiga muchos más puntos que los anteriormente discutidos. Empieza su monografía analizando la controversia

alrededor del comercio libre, que fue introducido en el Caribe español en 1778 y en Nueva España diez años más tarde. A pesar de sus éxitos, la reforma no fue universalmente popular en México, particularmente entre los mercaderes de la capital del virreinato. Uno de los efectos más interesantes de la reforma fue el cambio que causó en las costumbres comerciales entre Veracruz y la madre patria. Antes del comercio libre, el puerto de Cádiz monopolizaba el mercado con Nueva España y el resto de las Indias. Aunque Cádiz permaneció siendo el principal puerto para el comercio con México después del comercio libre, otras ciudades españolas comenzaron a desafiar su supremacía. Ese fue precisamente el caso de Barcelona. El profesor Ortiz descubrió que los negociantes catalanes tendían a mandar al Nuevo Mundo un porcentaje mucho más grande de mercancías españolas que los de Cádiz, quienes siempre enviaban a las Indias grandes cantidades de productos extranjeros. Además, los mercaderes catalanes se mostraban interesados más bien en mercadeo de gran volumen y bajas ganancias, mientras que sus competidores gaditanos preferían altas ganancias y poco volumen. Si las reformas del comercio libre no hubieran sido interrumpidas por las guerras napoleónicas, las economías de España y México hubieran podido acercarse más que nunca desde el siglo xvi.

Fue durante la década de 1790 que Veracruz obtuvo su propia cámara de comercio, el consulado. El consulado de Veracruz asumió varias funciones públicas en el puerto que antes habían sido desempeñadas por la hacienda. Operaba un hospital (San Sebastián), las lanchas del servicio de carga y descarga, un faro a la entrada del puerto y, lo más importante, mantenía las carreteras del interior. A pesar de que estos servicios eran mantenidos por impuestos especiales, el consulado nunca llegó a tener suficiente dinero para cumplir sus obligaciones apropiadamente y se endeudó cada día más. Para empeorar sus limitados recursos, el consulado de Veracruz asumió muchas actividades que grupos como las Sociedades Económicas llevaban a cabo en el resto del imperio. El consulado apoyaba proyectos tales como la colonización de tierras deshabitadas, la introducción del cultivo de gusanos de seda y la redistribución de tierras para estimular la economía rural a lo largo de la costa.

No todo el comercio de Veracruz estaba orientado hacia Europa. Nueva España importaba productos de muchos otros puertos del Caribe, a través de Veracruz. El profesor Ortiz establece, sin embargo, que la mayoría de estas importaciones eran de productos

extranjeros, llevados a un puerto del Caribe y reexportados a Veracruz. Con la excepción del cacao de Venezuela, los productos de las otras colonias del Nuevo Mundo eran insignificantes en el comercio de Veracruz. El puerto del Caribe que tenía conexiones más cercanas con Veracruz era, por supuesto, La Habana. Las naves que paraban en Veracruz casi siempre pasaban también por La Habana. Veracruz y Cuba estaban tan unidos que la dependencia extraordinaria de La Habana en los mercados extranjeros a finales del siglo XVIII tenía mucho que ver con que Veracruz le estaba siguiendo los pasos.

Siendo tan importante como es, el trabajo del profesor Ortiz presenta ciertos problemas que no le permiten ser una obra definitiva. Para empezar, el libro se basa en materiales sacados del Archivo General de Indias y del Archivo General de la Nación de México. Sin duda alguna, éstos son los dos mejores archivos para un tema como éste. Sin embargo, la investigación debió haber sido completada con materiales del Archivo Histórico Nacional de Madrid. Éste tiene cantidad de documentos de finales del siglo XVIII y es casi imposible trabajar en un tema de los últimos días del imperio sin consultar sus legajos. Aunque la información que proporcionan es primeramente judicial y de naturaleza administrativa, sus volúmenes contienen innumerables expedientes referentes a cuestiones económicas.

La metodología de *Comercio exterior de Veracruz* posee algunos problemas delicados. La obra del profesor Ortiz se basa considerablemente en estadísticas. Los estudios estadísticos, sin embargo, están forzados a limitarse a lo que es mesurable. En el caso de Veracruz, debemos notar que había cuantiosa actividad económica que no era registrada por los oficiales de la real hacienda. La pólvora, por ejemplo, era un producto que Nueva España suministraba a todas las colonias españolas del Caribe. Algunas veces era también vendida a extranjeros. Este producto era hecho en unas de las fábricas más grandes del Nuevo Mundo (Chapultepec y Santa Fe) y por lo general era transportado al exterior en buques de guerra. En todo caso, la pólvora no pagaba impuestos, su valor rara vez se registraba en las cuentas de la hacienda de Veracruz, y era un valiosísimo producto de exportación. La harina de trigo era un producto similar. Hubo períodos a finales del siglo XVIII en que la harina estuvo libre de impuestos. El profesor Ortiz se da cuenta de la importancia de este producto agrícola, pero algunas veces es casi impo-

sible calcular el valor y la cantidad de harina si sólo se consultan los archivos financieros de la hacienda en Veracruz. Cuando la harina era comprada y transportada por funcionarios públicos del interior, lo que ocurría frecuentemente, era enviada desde Veracruz en buques de guerra. Estos barcos por lo general no dejaban registro de mercancías, ya que no pagaban impuestos. Hubo ocasiones en que el comercio en los barcos militares sobrepasó el de las embarcaciones comerciales. Una vez más, las cuentas de la hacienda en Veracruz dejaban de mostrar los caminos del mercadeo. Estas transacciones escondidas tienen que ser consideradas cuando se va a medir el comercio de exportación.

Tal vez la mayor dificultad del libro en cuestión es la maldición de las sociedades industriales contemporáneas —la inflación. Cuando se comparan los precios y valores de varios productos durante un largo período de tiempo, hay que tener en cuenta la estabilidad de la moneda. ¿El hecho de que Veracruz exportó nueve millones de pesos en mercancías en 1796 y diez millones en 1820 significa que aproximadamente la misma cantidad de mercancías pasó por ese puerto? Solamente si el valor del peso permaneció constante. Para determinar esto, un estudio como *Comercio exterior de Veracruz* debe estar sustentado por un examen detallado de las tasas de precios y la inflación (o deflación). Sin esa base muchas comparaciones se vuelven insignificantes.

A pesar de esta crítica, la obra del profesor Ortiz trata muchos temas que deberán mantener ocupados a los historiadores por mucho tiempo. Son necesarios muchos estudios sofisticados sobre el comercio en Veracruz antes de 1778 para determinar si este puerto era tan inactivo como piensan muchos letrados. Sin contar una obra prometedora de historiadores cubanos, los lazos económicos entre La Habana y Veracruz no han sido totalmente explotados. Estos dos puertos estuvieron tan unidos durante el período colonial que Veracruz fue, en cierto modo, tanto una extensión de la economía cubana cuanto parte de la economía interior de Nueva España. Ahora es tiempo de investigar en detalle las grandes firmas de negocios que existieron en Veracruz, como la Casa de Murphy y la Casa de Cosío. Estas casas comerciales eran compañías multinacionales que tenían sucursales en todo el mundo. Sin entender cómo eran manejadas estas firmas, la manera como ajustaban cuentas y transferían dinero, y los lazos familiares que mantenían con las altas sociedades locales, será muy difícil entender la economía de Veracruz. Con todos estos estudios aún por salir, los eruditos interesados en la Nueva España

del siglo XVIII siempre estarán agradecidos con el profesor Ortiz por el paso que ha tomado para desenredar el tema del comercio de Veracruz y del México colonial.

James A. LEWIS
Western Carolina University

Heather Fowler SALAMINI: *Agrarian radicalism in Veracruz 1920-38*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1978, 239 pp., ilus., mapas.

Durante la dictadura porfirista existió una relación del tipo patrón-cliente entre terratenientes y campesinos basada en el control total de los primeros sobre sus propiedades y en el decidido apoyo recibido de Díaz a cambio de una lealtad incondicional. La salida del país de don Porfirio provocada por el triunfo maderista señaló, en general, el fin de tal dominación y del tipo de relación que la caracterizaba. La nueva situación hizo evidente que los revolucionarios deberían enfrentar los graves problemas agrarios generados por la terminación formal de la dictadura. Sin embargo, a pesar de la presencia de algunos líderes carismáticos, durante varios años no existió un total control militar y político por parte de ninguno de los grupos. Esto, unido a condiciones ya existentes, dió por resultado el surgimiento de diversos patrones regionales en la lucha agraria, fenómeno ligado íntimamente con la diversidad existente de modalidades de tenencia de la tierra y con la estructura interna de las clases sociales rurales en las diferentes regiones del país. En el Centro los campesinos pugnaron por la restauración del sistema comunal en tanto que en el Norte se pronunciaron por la creación de algún tipo de propiedad privada. Lo anterior ocasionó que incluso los rasgos característicos de los líderes fueran diferentes. En esta situación fueron determinantes los problemas derivados de la prolongada lucha armada y de la falta de precisión sobre la naturaleza y fines de la revolución. Durante el desarrollo de la lucha, en gran medida, los líderes regionales fueron tomando el papel de patrones desempeñado antiguamente por los latifundistas y, aunque actuaron como intermediarios entre los campesinos y la economía de mercado, su relación con éstos continuó siendo básicamente vertical y preservó los rasgos fundamentales de una del tipo patrón-cliente. No obstante, a diferencia de los terratenientes y ante la inexistencia de una política